

Alguien voló sobre el nido del cuco

Lo primero que le viene a la cabeza a este viejo lector es el título: ¿por qué el cuco? ¿Por qué se vuela sobre el nido del cuco? El cuco es un parásito, no tiene necesidad de hacer nidos y parasita los huevos de otros pájaros cuyo color y textura es capaz de mimetizar. No pasa igual con el tamaño, con lo que se dan situaciones dantescas en nidos de chochín (huevos de 9-12 mm), bisbita o zorzal con padres que tienen que subirse sobre el cuello del gigante para alimentarlo. Además, el cuco no tolera contacto físico alguno con sus compañeros de nido. El solo contacto le produce urticaria, así que se carga sobre la espalda a sus «hermanos» y los arroja del nido. Una tercera característica resalta la singularidad del ave: posee unos jugos gástricos tan potentes que puede digerir la nociva oruga de la procesionaria sin inmutarse. Se han visto hileras enteras deglutidas por una pareja de cucos. Por si esto fuera poco, sus hábitos alimenticios son heterogéneos y su aspecto físico puede confundirse fácilmente con el de un gavilán por la forma y color de las plumas del pecho.

Ken Kesey no quedó contento con la película del gran cineasta Milos Forman. A su entender la voz narrativa riquísima en matices y con la profundidad de la estirpe extinta del indio norteamericano que no quiso someterse (del todo) queda diluida en la película. El jefe Bromden, tal como lo trata Forman, no es más que un hábil artificio que resalta las cualidades de Randall McMurphy. En parte es verdad, pero no parece que haya otra forma de narrar la historia visualmente. La voz interior del jefe es el hilo narrativo del libro y el lector entra desde el principio en el entramado literario identificando al narrador, su empatía, sus sufrimientos y sus miedos. En imágenes cinematográficas no hubiera podido narrarse con la sutileza y exquisitez con que lo hace Kesey sin llamar estúpido al espectador. Literatura y cine son artes diferentes, ningún autor literario queda satisfecho con el resultado de las películas de sus obras (salvo, quizá, Peter Benchley con su infumable *Tiburón*). El cine guía mucho más al espectador que la literatura, o al menos es más tangible su guía, así que forzar los metarreclamos hacia el espectador sería un suicidio desde el inicio.

Pero es verdad que el anarquismo y la ética rebelde de McMurphy quedan algo mitificados frente a la versión algo más gorriona y con insinuaciones de agresor sexual del libro. El libro de Ken Kesey, que reconoció haber escrito colocado de lsd durante las pruebas experimentales que el gobierno americano practicaba con voluntarios, no hace concesión alguna: ni al héroe, ni a los villanos, ni a la libertad, ni a la coerción, ni al oprimido, ni al sistema.

Como él mismo dijo: «Los sistemas abiertos, incluyendo la locura, son los únicos que escapan al destino de la entropía, el estado final de caos frío al que la segunda ley de la termodinámica condena al universo». Y es por esto que la locura, el arte, la creación, tienen siempre sus celadores.

Y el jefe Brondem lo ve inmediatamente en cuanto llega McMurphy. Lo primero que le recuerda es a su padre. Lo recuerda como a un hombre grande, poderoso, con la capacidad de hacer crecer a los demás burlándose de las estupideces y los absurdos con los que el «Tinglado» atemoriza e infantiliza a sus subyugados. Pero, concluye, «cuando vieron que era demasiado grande, no lo dejaron crecer más».

¿Quién es el jefe Bromden? Poco nos cuenta de sí mismo salvo en momentos clave en pasajes muy determinados del libro, pero en cambio sí nos cuenta mucho de la vida en el hospital. Las divisiones entre pacientes recuperables e irrecuperables parecen tener un nexo de unión que es la irritabilidad del paciente. Si el paciente se irrita, se le aturde desatendiendo su petición; si no se ha avergonzado aún, se le dice explícitamente que lo que pide es pueril: si insiste... El jefe Brondem se calla y sigue pensando en sus cosas. Más adelante nos enteraremos de lo que ocurre cuando el paciente insiste. Pero será algo que sorprenda también a McMurphy en su momento.

El antihéroe de Kesey parece más heroico, efectivamente, en la película de Forman. Agigantado por un Jack Nicholson que no se pregunta por el matriarcado que denuncia el jefe en el hospital psiquiátrico donde una enfermera y su superior en la administración del estado hacen y deshacen por encima de doctores, dictámenes médicos y sentido común (el puritanismo imperante ahoga eso, sea lo que sea). Tampoco se ve ensuciado por las denuncias de agresión sexual ni las timbas con las que asalta los bolsillos de los internos. El mismo jefe nos lleva por la senda de la maledicencia a pesar de su admiración por este hombre que brilla con una luz que no reconoce ya en sí mismo. Pero cuando en las reuniones de internos, cuyo único objeto es minar la autoestima de los enfermos hasta que caigan de rodillas, la enfermera Ratched aprovecha un momento en el que McMurphy no está para acusarlo de estafador, tanto el jefe Brondem como el lector deben ponerse en guardia. La enfermera Ratched simboliza la opresión, la ocultación de todo lo que da sentido a la vida (la alegría, el sexo, la cultura) y nosotros ya estábamos de acuerdo con ella. El cuco tiene una vertiente irritante e inquietante, pero también una (varias) asombrosa, la enfermera lo sabe y aprovecha el gusto por el timo de McMurphy para ensombrecer las otras haciendo metonimia de su personalidad. Nada que no veamos en las redes sociales cada día: si surge alguien honrado se le busca algo sucio en seguida. Si no aparece nada, se inventa. Creer en el ser humano es algo que ninguna ideología consiente.

Realmente mantenerse en guardia contra el bombardeo sistemático de el Tinglado (así lo llama el jefe) es complejo, por no decir imposible. Lo que vemos en ese hospital son normas morales impuestas por alguien ajeno a la mejora psiquiátrica de los pacientes, y la aceptación más o menos sumisa de estas normas absurdas tanto por pacientes como por doctores. Exactamente igual que ocurre fuera del hospital: gente que acepta las directrices de alguien a quien considera superior baja la cerviz, aceptando el mensaje subliminal que irradia el Tinglado: incomoda, incomoda todo lo que puedas y a cuantos puedas. No te sentirás mejor, pero sí más

fuerte que todos los que has jodido.

McMurphy ha reconocido a su enemigo nada más entrar, pero goza de la inteligencia sibilina del eterno timador, igual que la enfermera Ratched goza del apoyo de el Tinglado. Ambos emprenden un juego psicológico en el que mostrarse violentos o desesperados equivale a perder la partida y por ende a los demás internos.

Las manipulaciones de ambos, si bien con distintos objetivos, son un prodigio de comprensión psicológica y sociológica por parte de Kesey y sus experiencias como cobaya humana con el gobierno se hacen notar. Los internos jalean y ríen las ocurrencias gamberras de McMurphy hasta cierto punto. Cierta punto más allá del cual el Tinglado no permite que el juego se combe más, y prefiere quebrarlo.

McMurphy recibe un severo bofetón emocional después de su primera reunión de internos en la que la enfermera Ratched airea los trapos sucios del matrimonio de Harding (el intelectual del grupo). Cuenta cómo su mujer lo acusa de cornudo complaciente, de no poder satisfacerla, de no hacer nada bien en la vida... Murphy asiste atónito a la orquestada galería de acusaciones-asunciones sin ningún atisbo de irritación o rebeldía, salvo el refuerzo de un vocabulario pedante fuera de contexto que intenta ocultar, precisamente, esa irritación.

—Pero hombre, ¿no ves que intenta despojarte de tus pelotas? Sabe dónde te duele y va a por ello, ¡y tú no te defiendes!

Harding explica que hay cosas que él no sabe y que son peores que aguantar eso. Murphy se extraña más aún de lo que ha presenciado cuando le cuentan que prácticamente todos los internos están allí voluntariamente, casi ninguno está obligado a estar. La irritación da paso a la inquietud: él ha fingido estar loco para escapar a una condena segura. ¿Ellos fingen estar locos para quedarse? Su compañero de habitación, el jefe Brondem, es sordomudo. Pero cuando Murphy finge que vienen los celadores, este se inmuta y se mete en la cama aparatosamente. La risa de Murphy en la mente del jefe:

Era la risa que se enteraba de todo, la del hombre libre que veía los encierros y los sorteaba, la que hacía crecer a los demás hombres.

El jefe Brondem lleva diez años fingiendo ser un sordomudo que limpia las habitaciones y los pasillos, aparentemente sin que se lo pidan. Así, nos hace saber, da al mundo de los blancos lo que dicta el prejuicio: que no habla ni entiende. Así, no se involucra. Pero lo hace. Gracias al desprecio con que es considerado, puede escuchar las charlas y deducir los planes de celadores y enfermeras. La primera charla que mantienen McMurphy y él en la habitación es colosal. Un acercamiento a la plenitud, una puerta al crecimiento personal para alguien que entiende al fin que no tiene por qué callarse. Son las primeras palabras en diez años que surgen de su garganta como el graznido de un pajarraco, pero surgen porque al fin hay un hombre de verdad para escucharlas.

El cuco está ahí para hacer crecer a sus crías: es verdad que las alimentan otros pájaros, pero solo el canto del cuco (o la risa de Murphy) ayuda a vislumbrar la verdad con su burla a través de la gran bruma de mentiras que es el Tinglado.

La terrible revelación que tiene McMurphy tiene que ver con un trabajador de la piscina, el socorrista. Era un formidable oponente hasta que lo consideraron demasiado irritable y le aplicaron una sobredosis de electroshock. A partir de entonces, McMurphy tendrá más cuidado con su iconoclastia, tanto que los internos se lo recriminan (el «no eras tan valiente después de todo, ¿eh?» del que hablábamos). Ratched tiene poder para mantenerlo indefinidamente ahí. Pero el que sigue estando asombrado es McMurphy: ¿sabían a lo que se estaba exponiendo y nadie lo previno? Si grande es el anhelo de crecer en el ser humano, no es menor la necesidad de ver a tus héroes fracasar.

Durante meses McMurphy mantiene en jaque a todo el hospital, Ratched no encuentra resquicios por los que injerirse en su interior y él propone en las reuniones de grupo, a estas alturas ya una suerte de asambleas libertarias en las que se discute cualquier propuesta, salir a pescar salmón con «dos tías suyas» que saben mucho de navegación. Quien sí sabe de navegación es George, otro de los internos, a quien vemos pasar de la nada al todo transportado por la corriente de energía empática que irradia McMurphy.

Gloriosas páginas las de la salida en barco dignas de un Kipling enamorado de la naturaleza o un Jerome K. Jerome resabiado y mordaz. La gran capacidad de transmitir emociones de Kesey se hace patente en la transformación que sufren los internos, los aldeanos que antes de subir al barco se mofaban de ellos y ahora admiran sus rodaballos y salmones, y el doctor, a quien McMurphy ha engatusado para que se haga cargo de la gasolina (y sacar unos pavos más de los que dijo al principio).

McMurphy ríe en la cubierta del barco como un gran dios Pan atento a las evoluciones de sus criaturas que faenan en mar abierto al estilo de los marineros avezados de Melville.

Pero el regreso precipita los acontecimientos. Las dudas que extiende Ratched sobre el sonriente pelirrojo tatuado que viste calzoncillos con ballenas alcanzan a todos, incluidos el jefe Brondem y el lector. Cuando deciden una nueva humillación en forma de desparasitación y abusan del capitán marino George, McMurphy disipa todas las dudas. Se enfrenta a los celadores y en una pelea, que tiene más de Jack London que de Ernest Hemingway, hermosa salpicada de la tristeza hacia la que todos saben que navega la narración, McMurphy se erige en el gigante que también sospechaban.

El sistema, el jefe Brondem lo advertía desde el principio, no deja que te escapes, no te deja ser distinto. Aparenta ser magnánimo mientras te está pisando el cuello, pero sabe cuándo un individuo ha crecido lo suficiente como para dejar de ser magnánimo. Entonces muestra la cara de la fuerza bruta, precisamente la que dice querer combatir, pero que en realidad es su arista más aguzada. Las humillaciones de Ratched (ya sin sonrisa serena ni profesionalidad

fingida) se suceden; los desafíos de McMurphy también. Y el Tinglado, como temía el jefe, recurre al poder al que nunca renunció. McMurphy ya no tendrá que fingirse loco en adelante. Los electroshocks se suceden y durante pocas gloriosas páginas parece que el cuco es inmune al voltaje que ya dejó tonto al socorrista. Pero donde fracasa el electroshock, triunfa la ablación parcial del lóbulo prefrontal.

En un final impresionante, el jefe Brondem ahoga al ahora vegetal McMurphy, siente el espíritu de su tribu redivivo, arranca de cuajo una pila de cemento y acero con la que McMurphy no pudo competir páginas atrás y la arroja contra el ventanal para obtener la libertad.

Puede que el cuco no haga nido, pero su semilla sigue entonando ese cántico burlón por los valles de todo el mundo en quienes aceptan continuar la lucha.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Valler de narrativa
 El Electrobardo